

TESIS FUNDAMENTAL DE «EL MUNDO INVERTIDO»

Eduardo Vásquez

Departamento de Filosofía

Universidad Simón Bolívar

Caracas – Venezuela

[*eduardovasquez@cantv.net*](mailto:eduardovasquez@cantv.net)

El mundo invertido es el título de un pasaje de la *Fenomenología del espíritu*. Aparece pocas páginas antes de que termine la sección de *La conciencia*. Viene después que ha sido desarrollado *El Juego de la Fuerza* y antecede a lo que Hegel llama *lo infinito*.

Recordemos nuestra interpretación de la dialéctica de Hegel. Es necesario hacerlo, pues cada figura de la Fenomenología se desarrolla conforme a esa dialéctica. Lo fundamental de ésta es que *lo singular* (lo finito) siempre transita o pasa a *lo universal*. Ello ocurre porque lo singular se mueve, actúa, y esa acción lo eleva a lo universal o lo desarrolla, como algo contenido en él.

Al inicio del mundo invertido lo universal aparece como separado de lo singular. Cada uno está en oposición al otro. Es por esto por lo que puede afirmarse que lo verdadero se encuentra o bien en el uno o bien en el otro. Puede siempre encontrarse argumentos para justificar esta posición unilateral.

La dialéctica que está actuando en el mundo invertido es la misma que actúa en la certeza sensible. Se afirma que lo verdadero se encuentra en el aquí y el ahora sensibles. Pero se arriba a la unidad entre el ahora y el aquí universales y los ahora y aquí sensibles.

Revisemos ahora la interpretación que hace H.G. Gadamer del mundo invertido en su obra *La dialéctica de Hegel*, expuesta en el capítulo III. Usaremos la traducción española. Gadamer se propone explicar qué significa la expresión *mundo invertido* y el lugar que le corresponde en la marcha ascendente hacia el espíritu.

Desde el comienzo de su trabajo nos dice Gadamer que el propósito de Hegel está dominado por la cuestión de cómo la *conciencia* se convierte en *autoconciencia*. Pero, continúa Gadamer, el saber verdadero, esto es, aquel en que coinciden certeza y verdad, es decir, aquel en el que la conciencia está absolutamente segura de que el objeto que se encuentra en ella es lo verdadero, quedando por consiguiente descartada toda duda cartesiana y también la necesidad de un Dios bueno, que no puede querer engañarnos, ese saber verdadero sólo puede ser *espíritu*. En pocas líneas Gadamer nos dice que éste no puede ser la mera conciencia del mundo objetivo sino que ha de incluir el modo de ser de la subjetividad individual.

Al final del ensayo, de haber explicado las diversas etapas del mundo invertido, Gadamer nos dice que la autoconciencia se encuentra en la fórmula *Yo es igual a Yo*.

Una primera observación a esa tesis. La autoconciencia no es sólo el saber de sí mismo del yo, no es solamente que la conciencia antes no tenía pleno saber de sí misma y al final del mundo invertido ella ha llegado a ese saber.

Diferimos de Gadamer. Es cierto que lo que se propone Hegel es demostrar el camino por el cual la conciencia se convierte en autoconciencia. Pero la autoconciencia no es el mero saberse de sí misma de la conciencia. No. La autoconciencia es el saber del objeto como un objeto que es el resultado de la diferenciación de la autoconciencia. Esta caracterización de la autoconciencia aparece en la *Fenomenología* al final de la sección titulada *Conciencia*. Después de esta sección aparece la dedicada a *Autoconciencia*. El final de la sección dedicada a la conciencia está dedicado a describir lo que es la autoconciencia. Leamos al propio Hegel: «Yo me diferencio de mí mismo y en ello es inmediatamente para mí el que esta diferencia no es una diferencia». (F.C.E. Pág.103). La traducción del F.C.E. utiliza el término distinguir. Preferimos *diferenciar* por todas las derivaciones que pueden hacerse de ese verbo. La conciencia, o mejor, lo que Hegel llama conciencia, es oposición, dualismo. Dicho en palabras de Nicolai Hartmann: el sujeto es el sujeto; el objeto es el objeto; el sujeto no puede ser objeto; el objeto no puede ser sujeto. Pero el idealismo de Hegel convierte al objeto en una diferencia del sujeto, en una producción suya. Por eso, cuando el sujeto de Hegel tiene conciencia del objeto, tiene a la vez conciencia de sí mismo, saber de sí y por eso la certeza se iguala con la verdad. No puedo dudar del objeto porque él es yo mismo; él es yo mismo exteriorizado, convertido en un ser extraño, cuando soy conciencia, pero una parte de mí mismo extraño de mí y convertido en objetividad.

Es cierto, como asegura Gadamer, que Hegel continúa a Kant. En la *Fenomenología* afirma con Kant que la unidad de la apercepción es el saber. Pero le reprocha a Kant que «la cosa, que aunque se la llame el *impulso ajeno*, la esencia *empírica*, o la *sensibilidad* o la *cosa en sí* sigue permaneciendo la misma en su concepto extraña a dicha unidad» (Fenomenología, Pág. 148).

Hegel le reprocha a Kant el que haya dado a las categorías una existencia a la cual la conciencia *encuentra*. Están allí pero no sabemos de dónde vienen. En cambio, para Hegel, las categorías, constitutivas de la objetividad, son un resultado del *concebir*. Afirmar que a las categorías se les encuentra como algo dado es una afrenta a la ciencia. Hay que demostrar cómo surgen de la conciencia, de lo indiferenciado que se auto diferencia por medio de la fuerza de la negatividad. Es en esto que consiste la autoconciencia: saber que el objeto es ella misma *puesta* como objeto. Sujeto y objeto son de la misma naturaleza. En la etapa de la conciencia son diferentes. En la de la autoconciencia el objeto es una diferencia que no es una diferencia. Y por eso esa unidad es *espíritu*. En palabras de Hegel mismo: «El espíritu se convierte en objeto porque él es este movimiento que consiste en llegar a ser *él mismo otro*, es decir, *objeto de su sí mismo* y superar este ser otro». (F.C.E. Pág. 26). No encontramos en el estudio de Gadamer una explicación pormenorizada de lo que Hegel entiende por conciencia, autoconciencia y espíritu.

Para nosotros:

Conciencia: oposición entre la conciencia y el objeto. Dualismo.

Autoconciencia: La conciencia y el objeto no son diferentes. El objeto es el resultado de la autodiferenciación de la conciencia. Fin del dualismo. Unidad de las diferencias.

Espíritu: Es el movimiento de la autoconciencia para poner el objeto y superarlo, esto es, negarlo y a la vez mantenerlo como su propia objetivación.

En las líneas citadas en las que Hegel nos dice lo que es el espíritu, esto es, convertirse en otro, (exteriorizarse objetivándose) y superar este ser otro, resultado de su exteriorización, nos dice también en las líneas anteriores que lo que se halla en la experiencia de la conciencia es solamente la sustancia espiritual. El espíritu, como movimiento, es decir, exteriorizarse y superar (negar la objetivación sin destruirla) esta exteriorización es la dialéctica misma. El objeto y el sujeto son de la misma sustancia espiritual. Pero la conciencia no sabe que el objeto es de la misma naturaleza que ella y por eso ella ve al objeto otro como otro. La experiencia que continuamente hace la conciencia consiste en que cada vez que ella tiene ante sí misma un objeto éste *es un resultado de la inversión de la conciencia misma*. No es ese objeto algo externo y contingente sino un resultado necesario (F.C.E. Pág.59), esto es, un objeto cuyas determinaciones estaban contenidas en el objeto anterior y que ahora se desarrollan para constituir el nuevo objeto. Lo que decimos cuestiona lo que escribe Gadamer: «el discurso versa siempre sobre lo mismo» (Pág. 51 Edic. Cátedra, 1979). Desde luego, el nuevo objeto que surge es de índole espiritual, pero con más determinaciones que el anterior en el cual se ha gestado. Este es el caso de lo que Hegel llama el mundo invertido.

En nuestra opinión, en la lectura de la Fenomenología, en la de sus sucesivas figuras, hay que recordar siempre la dialéctica de la certeza sensible. Esa dialéctica concluye afirmando que «todo papel es este trazo de papel y yo he dicho siempre solamente lo universal» (F.C.E. Pág.70). Para llegar a lo universal hay que pasar por la mediación y la negación. Así lo universal no se da inmediatamente. Partimos de lo sensible, de cada individuo, el cual siempre se está desvaneciendo o negándose a sí mismo y es de este modo como se nos manifiesta lo universal, como lo verdadero de la certeza sensible.

La conciencia hace la experiencia de que lo que ella creía esencial (el dato sensible) no lo es, y lo que ella creía (o suponía) inesencial es lo esencial. Lo universal necesita de la mediación y negación de lo sensible para aparecer a la conciencia y lo sensible se muestra fundado en lo universal, sin el cual no tendría verdad alguna. Afirmar que lo sensible, lo que desaparece continuamente, es lo verdadero, conduce al escepticismo, esto es, a no poder afirmar nada sólido. La evanescencia de lo singular sensible retorna siempre a lo universal. Este es su fundamento.

Como decíamos, en cada figura surge algo nuevo, algo contenido en lo anterior, pero que se desarrolla en lo nuevo. El mundo invertido es el resultado del juego de las fuerzas. Al comienzo del mundo invertido se desarrolla una dialéctica según la cual lo que era antes *fenómeno* pasa a ser *diferencia*. Aquí surge un nuevo estrato de la conciencia. Ella, en la certeza sensible, se mantenía en la relación entre lo singular y lo universal. Ahora la conciencia penetra en el interior de lo universal, quiere saber de dónde proviene el fenómeno, qué es lo que lo sustenta, y cuál es su consistencia. La conciencia aquí se

convierte en entendimiento. O pregunta por el fundamento y por la relación entre éste y los fenómenos. Para comprender la dialéctica que precede al mundo invertido hay que recordar que el objeto (aquí el fenómeno) tiene la misma consistencia que *aquello* que lo ha puesto o de donde ha salido. Lo que ha puesto a las distintas fuerzas es *la* fuerza. Ellas han salido de él y por eso, aunque aparezcan como diferentes de esa fuerza universal no son realmente diferencias. Lo que más se repite en esa dialéctica del juego de las fuerzas es que las fuerzas, como diferencias de la fuerza universal, son diferencias que no lo son. Toda esta dialéctica no es difícil de entender si se tiene en cuenta que lo indiferenciado, la ley, se diferencia, y sus diferencias, por salir de él y ser, por tanto, igual a él, son diferencias que no lo son. Hay que tener en cuenta también las categorías de la dialéctica como la superación (Aufhebung) y el transitar o *pasar a* (Übergehen).

La ley era concebida como igual a sí misma, como lo que no cambia y permanece igual a sí mismo. Pero la Ley tiene dentro de sí misma la diferencia. Esta surge de ella, y ella, que era igual a sí misma, se hace *desigual*. Como dice Hegel «lo igual es desigual a sí y lo desigual igual a sí». De este modo, surge el mundo invertido, ya que el mundo que era desigual ahora es igual a sí mismo. Es el mundo de los fenómenos. Y el mundo que era igual a sí mismo ahora es desigual. En otros términos, lo suprasensible, lo que carece de movimiento, ahora se mueve porque saca de sí mismo la diferencia. Y el mundo sensible, que se sustenta en lo suprasensible ahora es lo igual. Es la lógica de Hegel lo que le permite sacar esas conclusiones. Como siempre en la dialéctica de Hegel está funcionando el principio de identidad, pero para que haya identidad ella tiene que tener dentro de sí a no-A. Al ponerse a A, para que ésta se afirme y se mantenga, se pone también a no-A. Lo universal, lo igual a sí mismo, es una universalidad vacía si no contiene a lo singular. Todos los hombres contienen a cada hombre singular y a la inversa. Es lo que está aplicando Hegel con la fuerza y sus manifestaciones; o lo indiferenciado que contiene a la diferencia. No habría mucho problema en pensar que hay una sola ley universal, o un gran principio, como la ley de gravedad, la cual se manifiesta en todas las leyes particulares.

Hegel no se refiere solamente a las leyes de la física. Después de referirse a las inversiones que ocurren en el polo sur y en el polo norte, a la electricidad negativa y a la positiva, pasa a otra esfera. Es la esfera del derecho y de la moral. En esta esfera, el mundo invertido se presenta como un mundo en el que las acciones y los valores del mundo sensible se invierten. Lo que aquí es bueno en el mundo suprasensible es malo. Hegel da el ejemplo de la venganza como ley *inmediata*. La venganza no acude a tribunales, esto es, el sujeto ultrajado se siente negado y por eso quiere restaurarse negando al otro. Para restaurarse el ultrajado debe suprimir al otro. Pero en el otro mundo, el que invierte a éste, esta venganza, en vez de restaurar a quien se venga lo destruye. La propia acción del que se venga, lo destruye. Recordemos que esta inversión ocurre en un mundo suprasensible. Ambos mundos están separados. Asimismo, si se aplica una pena en el mundo sensible, la cual infama y aniquila a quien se le aplica, en el mundo suprasensible se aplica el perdón que mantiene la esencia del penado en el mundo sensible y en vez de infamarlo lo honra.

En primer lugar, aquí nos parece que está funcionando un principio fundamental de la dialéctica: la acción del individuo produce lo contrario de lo que él se proponía. La

acción del individuo es lo invertido y lo que invierte. Pero esa inversión ocurre en el mundo *suprasensible*. ¿Qué tipo de mundo es éste en el que se honra lo que en el otro se desprecia y se desprecia lo que en el otro se honra? Gadamer afirma que se trata de una inversión satírica. Según él, la sátira es «poner al descubierto la hipocresía moral, es decir, la falsedad del mundo tal como se supone que debería ser» (Ob.cit, pág.68). Nos arriesgamos a exponer esta interpretación. Como es sabido, Hegel no era partidario del deber ser. No creemos que opone al mundo sensible un mundo del deber ser. Más aún cuando en el desenlace del mundo invertido ocurre la unidad de ambos mundos. «Y así, el mundo suprasensible, que es el mundo invertido, ha sobrepasado al mismo tiempo al otro y lo ha incluido en sí (*an sich*); es para sí el mundo invertido, es decir, la inversión de sí mismo; es él mismo y su oposición en una unidad». (*Fenomenología*, pág. 100). La unidad es el concepto, la unidad entre lo universal y lo singular. A esta unidad la llama Hegel *la infinitud*.

Nos parece que el mundo invertido, el mundo suprasensible, mientras permanece separado del mundo sensible es el cielo de los cristianos. Los que esperan tener allá una esencia que aquí no tienen. Los que esperan el gozo como premio para el sufrimiento de este valle de lágrimas. Hay que destacar también que la acción que tiene lugar aquí abajo tiene un desenlace contrario e inesperado en el mundo suprasensible.

Al unirse ambos mundos lo que tenía lugar en el suprasensible ocurrirá en lo sensible. Lo infinito estará unido a lo finito; lo sensible a lo suprasensible. Repetimos que es a esto a lo que llama Hegel el concepto, o también el verdadero infinito. Nos parece que Hegel es un crítico de la religión cristiana, esto es, de la separación entre lo finito y lo infinito. Desde su punto de vista protestante, y como lo expone en su *Lecciones sobre la filosofía de historia universal*, lo finito puede albergar dentro de sí a lo infinito. Todo ello está claramente expuesto en el capítulo dedicado a la Reforma. *La Filosofía del derecho* de Hegel sería imposible sin esa crítica a la separación entre lo finito y lo infinito. Gracias a esa unidad Hegel puede escribir que «el derecho es lo sagrado sobre la tierra». Nos parece más bien que el aspecto satírico del mundo invertido es el de la religión que pide «desechar todo sentimiento contra la tiranía porque el oprimido encuentra su consuelo en la religión» (Fil. del derecho, párrafo 270). Creer que el esclavo aquí será libre en el mundo sensible y esclavo el que aquí es el amo, es una «burla sangrienta», como lo califica Hegel. El que hace la sátira no es Hegel sino la religión. Hegel más bien busca destruirla.

Ya ocurrida la conciliación entre el mundo sensible y el suprasensible la inversión tiene lugar en este mundo, en el que ambos están unidos: «Y el delito real tiene su *inversión* y su en sí (*an sich*), como *posibilidad*, en la *intención* como tal, pero no es una buena intención, pues la verdad de la intención es el hecho mismo». (*Fenomenología*, pág. 101). La acción del que delinque, cualquiera que sea su intención, tiene la posibilidad de producir lo contrario de lo que se propone el agente. La realidad y verdad de la acción no está en la intención sino en el resultado. Y este resultado se produce en este mundo. Lo que sigue a esta cita es un resumen de lo que aparece en la *Filosofía del derecho*, cuando Hegel expone la coacción y el delito (párrafos 90-103).

En conclusión, nos parece que la interpretación de Gadamer no utiliza las categorías de la dialéctica hegeliana. No concibe que el mundo invertido, en cuanto separación de lo sensible y lo suprasensible, tiene que ser unido al mundo sensible, para realizar el infinito verdadero, es decir, el concepto.

Eduardo Vásquez.
Julio, 2002